

PILAR CERNUDA

Conviene saberlo



TELEFONAZO de una amiga de infancia con la que –no suele pasar– se ha fortalecido la relación con el transcurso de los años. “Progre” de los años setenta, se casó por la iglesia para no dar un disgusto a sus padres pero, como reducto de rebeldía, no bautizó a su hijo.

Telefonazo en el que la amiga habla precipitadamente sin esperar a las preguntas: su hijo, como el resto de sus compañeros, quiere hacer la Primera Comunión y no está bautizado. Y ha echado en cara a sus padres –con solo diez años– que hubieran decidido por él cuando no tenía capacidad de decidir. Tratan de hacerle entrar en razón, no es ninguna tragedia, puede bautizarse primero y hacer la Comunión después, no hay problema, pero él insiste: se siente distinto a los demás, que no tienen que bautizarse, y sigue pensando que

Las bodas a lo grande estuvieron en desuso hace pocos años, pero ahora vuelven a pesar de la crisis. Cuentan en los bancos que una gran cantidad de clientes pide créditos para la celebración porque les ilusiona casarse como en las películas. Pero también se da con frecuencia la boda estrictamente familiar y pocos más, como se da el no aceptar regalos y pedir donaciones para una ONG. Y es cada vez más habitual, por no decir que es lo habitual, la convivencia de las parejas, novios, o como quiera llamarse, sin perspectivas de boda, o que solo se plantean la boda con el transcurso del tiempo, si se plantea. Con frecuencia, solo cuando llegan los hijos, o se quieren tener hijos, pero ni siquiera en ese caso, se precipitan los padres de la criatura a la parroquia o al Registro Civil.

Suelen casarse cuando quieren, sin presiones sociales y sin aceptar sugerencias de lo que conviene. Porque lo que conviene es que cada uno se sienta conforme con lo que ha elegido, viva la vida como quiere vivirla y asuma las responsabilidades que quiera asumir, cuando las quiera asumir y con quien las quiere asumir.

Es lo justo, sobre todo tras siglos de encorsetamientos, escasas salidas a la mujer fuera del matrimonio, desigualdades y rechazo a quienes habían cometido la ignominia de quedarse embarazadas sin pasar por el altar. Hoy son ellas las que no quieren casarse,

muchas mujeres ganan más que sus maridos o parejas, se planifica la vida en función de los intereses de los dos y con toda naturalidad él o ella plantea a la familia que se va a vivir con su pareja, anuncio que la familia –con excepciones, como siempre– se toma también con naturalidad.

Sin embargo... hay un sin embargo. El que marcan las leyes. No es igual ser matrimonio que pareja de hecho; no es igual ser viudo o viuda que la pareja estable de quien ha fallecido. Y conviene saberlo. No es igual en cuanto a pensiones. Y conviene saberlo. Sobre todo no es igual si hay hijos de por medio antes de formar pareja o los padres de quien ha fallecido se empeñan en buscar las vueltas a quien ha sobrevivido. Y conviene saberlo.

“No es igual ser matrimonio que pareja de hecho, no es igual ser viudo o viuda que la pareja estable de quien ha fallecido. Y conviene saberlo”

tomaron una decisión equivocada. Habría preferido que le bautizaran al nacer y que le dejaran libertad para decidir, de mayor, si quería seguir o no dentro de la Iglesia e ir a misa. Y la amiga, la “progre” de los años setenta, confiesa al otro lado del teléfono que su hijo tiene razón, deberían haberse tragado sus convicciones religiosas, bautizar a su hijo como la habían bautizado a ella y que la vida misma llevaría a su hijo a sentir la religión de una manera o de otra o simplemente de no sentirla.

Esto de las religiones y los comportamientos familiares e individuales va por modas. Tanto, que hay agnósticos que quieren celebrar bautizos y primeras comuniones “civiles”, un despropósito, una falta de respeto a quienes tienen profundas convicciones religiosas. Y luego está la cuestión de las bodas.

Pilar Cernuda es periodista.